

Las Amebas

Hoy decidí hacer algo distinto. Extraje un tubo de ensayo de la vitrina y lo llevé a la fuente en el jardín detrás del laboratorio.

Las aguas del estanque donde se descargaba la fuente estaban turbias, lucían como de un terciopelo punteado de plata. Llené un gotero y vertí un chorro de agua del estanque en el seno del tubo. De vuelta al laboratorio, extraje unas gotas del tubo y las deposité entre dos cuadraditos de vidrio, los que llevé al microscopio. Ajusté el enfoque y la magnificación y me preparé a observar.

Los estertores de la vida protozoaria se desplegaron ante mis ojos, mostrando los dramas y comedias del microcosmos con la truculencia de una telenovela. Entonces las vi. Dos o tres amebas entrelazadas en una masa que fluía incesantemente, formando un nudo que se hacía y deshacía con fascinante plasticidad.

Era lo que yo esperaba. Me alejé del microscopio, retorné a la vitrina, y busqué la retama con el cultivo de paramecios. Solo me tomó un segundo el agarrar un poco de cultivo y esparcirlo en el vidrio en que nadaban las amebas. Añadí algo de colorante y retorné al microscopio.

Un rebaño de paramecios vibraba en el líquido. Las amebas parecieron sobresaltarse ante la invasión de los seres que parecían zapatillas peludas, que se agitaban al azar por medio de pestañitas transparentes, creando olas y remolinos en el mar que las rodeaba. Pero eso fue solo un momento. De repente, una de las amebas se escapó del mazo y extendió como un cono truncado hacia un paramecio. Poco a poco, el cuerpo de la ameba se concentró en ese brazo artificial, que se estiraba y encogía según se movía, cada vez más cerca de su objetivo. El paramecio mientras tanto oscilaba plácidamente, sin advertir la maniobra.

Ya junto al paramecio, la ameba se contorsionó hasta formar una C casi perfecta, con los cuernos ya tocando los dedos y el talón de la zapatilla. La ameba entonces se extendió totalmente sobre la víctima. Hubo una serie de movimientos erráticos que enturbiaron el agua; cuando retornó la calma, el cuerpo de la ameba estaba aplastado como un huevo frito, mostrando entre la semi-transparencia de su masa arenosa una pantufla que lentamente se disolvía. Cerca, las otras amebas imitaban el festín de su compañera.

Anoté cuidadosamente el tiempo del proceso, la temperatura y el pH del agua, de manera de repetir el experimento variando las condiciones. En eso estaba cuando me pareció escuchar un murmullo que emanaba del microscopio. Acercándome, oí – o quizás intuí – que las amebas estaban rezando.

“Gracias, Señor, por los bienes que acabamos de consumir. Te rogamos que nos colmes así con Tus dones, y trataremos de merecer Tu misericordia y, con buenas obras, merecer Tu amor, y llegar algún día a contemplar Tu presencia por toda la eternidad ... porque Tú solo eres santo, Tú solo señor, Tú solo altísimo ... O Dios omnipotente que reinas sobre las aguas.”

Me di cuenta de que esas criaturas se dirigían a mí con sus halagos y súplicas, y la sorpresa inicial se transformó en molestia. Me retiré del microscopio, en el que se veían las amebas, ahora en silencio, deslizándose por el piélago sin límites de su universo.

“Qué estúpidos!” pensé. “Oran para pedir mis favores; creen que mi voluntad puede ser afectada por las súplicas de seres tan insignificantes.”

“La oración de las amebas es inútil, pues si se me antoja proveerles otra ración de paramecios, lo hare sin que me lo pidan. De la misma manera, por mucho que rueguen, no van a conseguir que repita el experimento si no lo creo conveniente.”

“Y son tan vanidosas de proponerme un trato: Te glorificamos, señor, si nos das lo que Te pedimos. Como si a mí me hiciera falta la alabanza de una ameba.”

Tras cavilar de esta manera por un buen rato, mi disgusto se transformó en diversión, y acabé sintiéndome muy satisfecho. Terminé postrándome y lancé al cielo una silenciosa plegaria:

“Gracias, Señor, porque has elevado a los hombres mucho más alto que las bestias; porque nos has permitido conocerte, alabarte, y volver la mirada hacia Ti en momentos de felicidad y de miseria...”

Mi éxtasis crecía por momentos; comencé a recitar en voz alta un himno de alabanza que aprendí en la escuela.... Iba sólo por la segunda estrofa cuando mis propios ronquidos me despertaron.